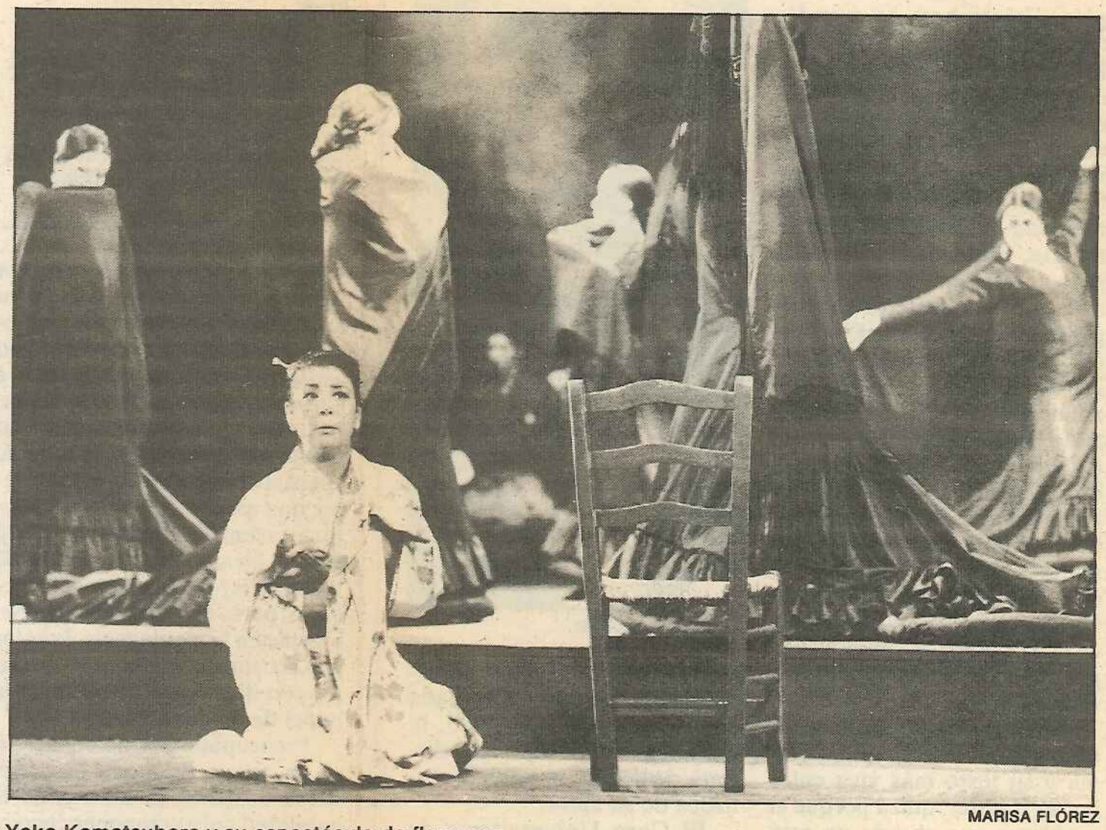
El País, 16 de Marzo,1989.

DANZA

El éxito y lo racial

Yo elegí el flamenco

Ballet Español de Yoko Komatsubara, con familia Fernández, María la Burra, Chocolate y Manolo Marín. Dirección: Miguel Narros. Madrid. Teatro Español, 14 de marzo.



MARISA FLÓREZ

Yoko Komatsubara y su espectáculo de flamenco.

ÁNGEL ÁLVAREZ CABALLERO

Con *Yo elegí el flamenco* pienso que Yoko Komatsubara ha realizado el sueño de su vida: montar un espectáculo plenamente flamenco y hacerlo con tal dignidad que pueda subir a uno de los primeros teatros de España con todos los honores.

Una idea elemental, mero pretexto para hacer no demasiado increíble la presencia de una japonesa en el arte *jondo*, permite el engarce de bailes, cantes y toques flamencos. La presencia del elemento japonés en el escenario es sólo una referencia que se va diluyendo a medida que avanza una densa representación de dos horas sin descanso.

Motor del espectáculo

Yoko baila discretamente y con humildad. Ha creado un excelente espectáculo en el que ella es una más entre varios nombres de prestigio. Pero ella es el motor del empeño, para cuya creación se ha rodeado de un equipo eminente. En primer lugar el director Narros, un hombre que ama el flamenco; Manolo Marín que brilla con luz propia, tanto en la coreografía como en su actuación personal.

El buen cante, el excelente cante de Chocolate y Curro Fernández. Cuatro jóvenes y espléndidos *bailaores*, Carmen Ledesma y Manuela Ríos, los guitarristas —un Diego Carrasco que hizo también un cantecito con su sello propio— y los *cantaores* Curro de Triana y Antonio Sanlúcar.

Y una María la Burra que a sus 60 años, uno arriba o abajo, se halla en estado de gracia flamenco. Con dos breves actuaciones mereció las más clamorosas y espontáneas ovaciones de la noche. Canta sin voz y hace un bailecito casi estático pero de señorío imponente. Y está en el secreto, sobre todo, del *rajo*, de la *jondura*, de todos esos misterios que hacen de este arte algo tan especial e inexplicable. Lo que nos debería llevar a la reflexión, una vez más, acerca de la prioridad, quizá, de lo racial, de las raíces, sobre cualquier otro valor añadido, que en este caso es, desde luego, admirable.